
CRISTIÁN ZEGERS ARIZTÍA
Abogado, Periodista.
Director del diario *La Segunda*.

Cómo recogen los temas de interés público los medios de comunicación

Para los efectos de este debate, entiendo por temas de interés público aquellos en los cuales prevalece claramente el interés común de la sociedad. Estos temas tienen, a veces, impactos muy sensibles en situaciones de marginación, pobreza, desajuste o postergación de grandes grupos humanos. La prensa y los medios de comunicación no pueden menos que mostrar las necesidades de los que carecen de organización y de poder.

En Chile, históricamente, la capacidad de imponer aquellas prioridades que significan gasto público y preocupación efectiva de las autoridades ha estado asociada al sufragio. Los que no presentan votos, por la razón que sea, son poco considerados. Por ejemplo: los presos de las cárceles. El Estado siempre gastó escasamente en este rubro, e igualmente continuado ha sido el desinterés práctico en la rehabilitación de los reos.

La prensa —que no responde a la lógica del voto— sin duda es un “salvavidas” de los temas de interés público con trasfondo social, que de otra manera naufragarían en el torrente noticioso diario, en las pugnas de las grandes facciones o en la atracción por elementos fugaces, falsamente revestidos de notoriedad.

No existen actualmente canales de donde fluya un planteamiento más interiorizado de la realidad de los temas sociales, papel cumplido en el pasado por la Iglesia, los sindicatos y otras organizaciones. En las campañas electorales se enarbolan grandes plataformas sociales, pero éstas tienen, probablemente, un efecto adverso: del mismo modo artificial con que los temas aparecen, especialmente en los programas presidenciales —que no contienen ningún análisis de costos y beneficios reales—, pronto tienden a desaparecer de la agenda de los gobiernos. Cada cierto tiempo, la prensa los rescata de meses y años de permanencia en Comisiones de Estudios, siempre posibles de justificar por la complejidad de tales problemas.

La prensa y los medios de comunicación son los menos resignados a la aceptación de la esterilidad política de las agendas sociales. Sin embargo, la prensa que “a priori” no incluya estos temas como parte esencial de su deber informativo y de su responsabilidad orientadora hacia la sociedad, tiende a pasarlos enteramente por alto.

En efecto, puede transcurrir mucho tiempo sin que un medio sienta la urgencia externa de hacerse de un tema de esta naturaleza. Por el contrario, la decisión de reportarlos, investigarlos y, a fin de cuentas, de superar el sensacionalismo fácil que emana de ellos, no es tarea sencilla ni menos algo que los destinatarios del mensaje periodístico acepten o reconozcan como imprescindible o necesario. Las audiencias que importan en el medio televisivo y los compradores de prensa escrita pertenecen a sectores que han superado la barrera de la pobreza y de la postergación. Más que puramente conmoverlos con la pobreza, hay que enderezar su reflexión de conciencia hacia la necesidad de un país integrado. La sola invocación a la solidaridad no es argumento suficiente si no va acompañada de una reflexión política sobre la inhabilidad del destino común, para el caso que sigamos arrastrando el fardo de un tercio del país en condición de extrema pobreza o la carga de las diferentes situaciones de marginación y desigualdad educacional que actualmente vemos en una fase crítica.

Es tarea pesada, igualmente, dar en el clavo de estos planteamientos, dentro de marcos constructivos que escapen a la mera denuncia. No basta con sacar periódicamente a la luz una cortina de lamentos en lo social. Respecto de estos temas, el público nos exige mover a quienes tienen mayor posibilidad de remediar los males. Y aunque estrictamente no sea función nuestra, a una buena porción ciudadana le parece natural que los Medios de Comunicación hagan algo efectivo en el amplio y genérico campo que cae en la denominación de la “campanas de bien público”, las que no debemos confundir con los temas de interés y trascendencia pública. La Teletón, por ejemplo, es una loable campaña de bien público en favor de un grupo desprotegido de niños, pero no podría pretenderse que con este tipo de campañas cumplan los Medios su deber de destacar los temas sociales relevantes del país.

Desafío muy difícil es captar el interés de todos con los temas sociales. En una civilización capturada de antemano por la modernidad, el éxito, el placer y el egoísmo, parece a veces un desarreglo incorporar temas trascendentes de solidaridad social.

Una pequeña anotación final en este punto: podríamos contar no menos de quince o veinte premios establecidos que estimulan la calidad del periodismo económico y, que yo sepa, no hay uno solo que distinga una labor continuada en este tipo de temas sociales relevantes de que hablamos. No quiero decir que el galardón sea indispensable —incluso dudo de su utilidad—, pero este dato algo refleja. Nuestro periodismo no debe ser arrastrado exclusivamente a tópicos y preocupaciones que no se corresponden con nuestro verdadero nivel de desarrollo.

Cómo es la relación de los medios con el poder

Desde antiguo, quienes están en el poder propagan su respeto por las libertades de opinión y de información. Sin embargo, llegado el momento de las dificultades, pocos se retraen de presionar para que la información y especialmente la presen-

tación y jerarquización del fenómeno noticioso político se acomodan a sus intereses e inclinaciones.

Aunque la prensa resista con firmeza estas tentativas de influencia indebida, ello no borra la existencia de las presiones ni es siempre capaz de asegurar el fracaso de éstas. No hablo, por cierto, de corrupción, que entra en los límites punibles al vulnerarse ese mínimo que es la ley, sino de influencia indebida, que es cuestión criticable incluso desde el punto de vista de la calidad.

Hoy esta influencia indebida no cuenta ni con la fuerza ni con la legislación apta a sus fines, por lo cual recurre a medios más sutiles e inadvertidos. No hay que olvidar, entre ellos, la simple amistad y la necesidad recíproca. El medio o el periodista que no se preocupe de mantener relaciones cordiales, receptivas a los puntos de vista del poder —y no llego a decir con esto que ello sea contrario a la ética—, arriesga ser perjudicado y discriminado a la hora de los momentos noticiosos en que los actores del poder ejercen su papel de fuente informativa. La negativa formalmente impecable a notas de trabajo exclusivo o a entrevistas muchas veces disfraza la animosidad hacia quien ha llevado su independencia a límites firmes, juzgados imprudentes por los hombres del poder.

El periodista teme, sin duda, la ruptura de relaciones con un actor político importante, consciente que él significa moneda noticiosa. La firme condena de este tráfico, cuando rebasa el límite de la independencia profesional del informador, debe partir, a mi juicio, por su constatación y denuncia, especialmente en un ámbito tan propicio como el de este congreso.

Naturalmente, el medio de comunicación puede ser “olímpico” a la exclusión que de él haga el actor político o detentador del poder, pero no es igualmente fácil mantener esta actitud cuando se intuye el efecto de descalificaciones que ponen en duda su apertura y pluralismo informativo, porque éstas sí dejan un sedimento en un público que rechaza el conflicto y que tiende a confundir objetividad noticiosa con presencia continua en los

medios de todos los personajes del arco político e ideológico. Se trata, lamentablemente, de una objetividad que se mide más en función de personas que de hechos contados con veracidad e independencia.

Todavía advierto que la prensa siente excesiva consideración hacia el poder por resabio de situaciones pasadas y de mentalidades presentes. No podemos olvidar que la prensa y los medios de comunicación son muchas veces las únicas voces que se levantan en el enfoque de problemas conflictivos.

Es una realidad que la prensa no refleja un número suficientes de voces independientes, porque éstas se echan de menos en Chile. Todos se sienten o se creen amarrados por algo a situaciones vinculadas al poder y eso los silencia hasta que los problemas son críticos. Los actores políticos no agotan este espectro, además de sus limitaciones obvias en este sentido.

Se necesitan, ciertamente, voces proféticas, personas revestidas de auténtica autoridad, capaces de hacer caminar el espíritu político de una verdadera agenda social. Sin ellas es fácil recaer en la mediocridad. Podríamos examinar hasta el infinito las relaciones de los medios de comunicación con el poder, pero este examen no será útil si no incluye en un lugar destacado el problema a veces dramático de la escasez de actores en nuestra opinión pública

Preparación de los medios para cumplir con su tarea en relación con la política

Creo que los periodistas, más que los medios, están insuficientemente preparados y hablar de ello nos podría tomar un Congreso específico sobre este tema. No son motivos sólo de ahora, como ustedes bien comprenden.

Sobre el punto, pienso que no hay una explicación eficiente y atractiva de la política hacia los lectores (hecho que es responsable en parte de la distancia de éstos hacia esta actividad esencial

en la democracia). También existe poca discriminación en los temas. Gran parte de los problemas ocurren por premura en la elaboración del material. En el público, por otra parte, no hay suficiente crítica y distinción entre los diferentes medios en razón de su auténtica novedad y profundidad noticiosa. Falta, pues, el estímulo, pero también veo un exceso de complacencia en nuestra actividad que resta fuerza para dar unos saltos cualitativos que se imponen.

Asimismo, falta cultura política y formación histórica en buena parte de los reporteros. Las crónicas se resienten por falta de antecedentes previos indispensables. La posición de dependencia frente a los actores políticos es un resultado frecuente de la ignorancia respecto del mundo real en que se desenvuelve el actor político. El periodismo económico, tanto más joven en el tiempo, ha dado pasos más resueltos de calidad e imaginación que el especializado en materias políticas, en el cual antes tuvimos mucha calidad.

Existencia del periodismo investigativo en temas políticos

Contesto muy brevemente: existe muy poco, concentrado en las ediciones de prensa de fin de semana y en algunas revistas. No puedo dejar de lado, a este respecto, que el grupo que forma el núcleo humano de las publicaciones de alcance nacional nunca logra desplazarse de Santiago y, por ende, está virtualmente ausente, por ejemplo, de la realidad del Congreso en Valparaíso, en todo aquello que vivencialmente sería indispensable para hacer investigación. Lejos estoy de anotar una disculpa o una justificación. Pero se trata de dificultades objetivas, que a mi juicio exceden lo que dejo insinuado.

Quién fija la agenda

Contestaría que todos los distintos centros de poder (no necesariamente el gobierno) y obviamente también los medios, que los jerarquizan. Pero, contrariamente a lo que comúnmente

se afirma, yo tiendo a lamentar que los medios no impongan más una pauta propia en temas relevantes y trascendentes, especialmente en los instantes en que el sistema político se inclina por perder sus momentos más productivos.

Calidad de los medios en comparación a países de similar nivel de desarrollo

Contestar este tema interesante significaría entrar en una casuística casi interminable. En general, no veo diferencias abismantes de calidad. Y creo que los factores negativos de nuestra actividad ya han sido señalados.

Cómo califican los medios la receptividad del poder a la agenda social

Tal receptividad es lenta, pesada, burocrática más de la cuenta. Pero hay situaciones actuales estimulantes: varios alcaldes, especialmente aquellos que lideran un nuevo y penetrante estilo de acercamiento a la comunidad, ofrecen ejemplos de reacción muy rápida, a veces instantánea, lo cual ha representado para ellos un factor reconocido de éxito y aprecio público por su labor.

Falta seguir y multiplicar estos ejemplos. Entender, de parte del poder, que el “tiempo de la comunicación” es brevísimo para establecer un contacto eficiente y creíble con la ciudadanía.

Existencia de una temática de carácter nacional

Si comparamos con las décadas pasadas —los 60 o los 70, e incluso con los años 40 o 50—, es justo registrar avances a una temática de carácter nacional. Hoy no se pone en duda, por ejemplo, que la realización de una política exterior exige entenderla como política de Estado, con las consecuencias que ello implica, de respeto no sólo a la oposición sino a los organismos que naturalmente deben participar en su elaboración.

Temas tan candentes como la corrupción, la modernización del Estado y hasta el sistema tributario, han alcanzado un tratamiento distinto del clásico confrontacional. Organizaciones pluralistas como la Paz Ciudadana han logrado éxito al plantear como tarea de todos, y no únicamente del gobierno, la reducción de la violencia, la delincuencia y la droga.

En general, pues, se percibe buena voluntad en muchos temas, especialmente si éstos no aterrizan en propuestas concretas. Podríamos estimar que la defensa de la familia es una temática nacional —¿quién no la defiende apasionadamente a estas alturas?—, pero basta ver el debate de estas últimas semanas para darse cuenta de que la materialización de la misma afirmación desemboca en las más opuestas proposiciones legislativas y políticas.

En realidad falta mucho, muchísimo, para tener una temática nacional útil para resolver prioridades y gastos que duelan —que finalmente de eso se trata— respecto de temas que son fundamentales y complejísimos como la superación de la pobreza y el mayor gasto en educación, el que va inseparablemente unido a una mínima calidad de nuestra enseñanza.

Qué predomina en la agenda pública: ¿pasado, presente o futuro?

Sin duda, el presente. Muchas veces la opinión pública tiende a conocer los problemas por el estallido de situaciones aberrantes. Las fugas masivas de las cárceles son la manera habitual que tenemos de interesarnos por el hacinamiento y la inseguridad de los recintos, los horarios y las remuneraciones increíble de los gendarmes.

Al prevalecer el presente, los problemas sociales rotan constantemente en la preocupación pública. La contaminación de Santiago es un tema de invierno; los efectos sociales de la falta de infraestructura caminera son una conciencia viva después que cada temporal deja incomunicadas vastas zonas del país.

El futuro, sin embargo, no puede introducirse forzosamente en la agenda pública, hasta el punto que quede convertido en un ejercicio de imaginación. La convergencia de políticos, periodistas, hombres de gobierno y de poder, debe darse en torno a propuestas realistas que en cada caso enlacen situaciones y agudos problemas presentes con sus perspectivas de solución programadas, controladas y ejecutadas en el tiempo. Claro está, con el debido y sistemático castigo electoral a quienes no cumplan plazos y compromisos.